

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.
PRECIOS
DE LA
SUSCRIPCION:
UN PESO AL MES EN LA HABANA
y 30 re. flsc.
POR TRIMESTRES ADELANTADO
EN EL INTERIOR
FRANCO DE PORTA

LA REDACCION
y Administracion

RICLA, NUM. 88

A DONDE
DIRICIRAN
TODAS LAS COMUNICACIONES
y reclamaciones.
EL NUMERO SUELTO SE VENDE
EN LA ADMINISTRACION
A DOS REALES Y TRES



EL MORO MUZA.

PERIODICO ARTISTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

EN LA VARIEDAD EL GUSTO.

No puede negarse que tienen gusto los libertadores cubanos, por ser una verdad evidente que todos los hombres tenemos gusto. El *quid* está en deslindar, en determinar la índole del gusto que tenemos, porque ese gusto puede ser bueno y puede ser malo. Tan malo puede ser el que no es bueno, tan perdido puede estar, que un hombre haga gestos al probar el azúcar ó la miel, como lo acredita el dicho: «al gusto estragado, lo dulce es amargo, ó que se satisfaga con esa pena corporis afflictiva de los palos que, en señal de su amor al progreso, acaba de restablecer la república del Salvador, según lo hace ver el proverbio: «hay gustos que requieren palos.»

Y entre paréntesis, ¡buen modo tiene de salvarse el Estado Salvador por excelencia, si solo con el palo puede conseguirlo! ¡Por vida de las repúblicas hispano-americanas! Ya veo yo que están justificando la opinión de uno de los mas bonachones demócratas que he conocido en el Viejo Mundo, el cual, quejándose del mal paso que llevaban las cosas políticas, solía decir: «Aquí lo que hace falta es establecer una buena república, poniendo á la cabeza un rey fuerte que pegue mucho palo.»

Conste, pues, que hay gustos malos, horribles, atroces, depravados, sobre los cuales es lícito disputar, por mas que allá en la Edad Calceta, unos señores que se llamaban escolásticos, sin haber nacido el dia de Santa Escolástica, y que disputaban sobre todas las cosas *et quibusdam aliis*, como Pico de la Mirandola, sentaseun el principio de que *de gustibus et coloribus non est disputandum*, sentencia que tradujeron nuestros padres diciendo: «sobre gustos no hay nada escrito.» Sí, señores, hay gustos malos, malísimos, perveros, abominables, odiosos, y nadie me negará que el de renegar de la propia sangre pertenece al número de esos gustos.

Tienen, pues, un gusto atroz, inicuo, bár-

baro, execrable los que, siendo hijos de españoles, aborrecen todo lo español, y eso por pagar tributo á la doctrina democrática de la fraternidad universal; pero tienen ese gusto, y no hemos de negárselo, aunque se lo reprobemos.

Eso sí, los que han llegado á la corrupcion del gusto, no se satisfacen con manjares buenos ó malos, si siempre son los mismos, y necesitan variar de ellos á cada trinquaque; debiendo, en mi concepto, haber llegado á esa lamentable situacion el primero que dijo: «en la variedad está el gusto.»

Y bien, lectores míos; esa es la situación en que se hallan los enemigos de España. Perdieron el gusto completamente, y necesitan variar de alimento político á cada momento, para convencerse de que toman algo, cuando hacen por la muerte creyendo hacer por la vida, ó de que conservan el cuarto de los sentidos corporales, lo que no puede suceder, puesto que á todo libertador, de cinco sentidos, le faltan cuatro y medio.

Así esos hombres, que hace diez y ocho ó veinte años querian anexarse á los Estados Unidos, perdieron la afición á ese plato, viendo la indigestion que les había producido á Narciso Lopez y comparsa filibusteria, y apelaron, para saciar su apetito, al banquete de las reformas, declarándose furibundos reformistas.

Largo tiempo estuvieron pidiendo reformas; pero, precisamente cuando se les daba todo lo que pedían, dijeron que aquello no llenaba ya su antojo, pues á la sazon, lo que querian era la independencia. ¡Vaya un gusto raro en un país donde la independencia traeria la desolacion!

Marcháronse todos, unos á la Manigua y otros al extranjero. Los del extranjero constituyeron una Junta Revolucionaria, que al cabo de poco tiempo tuvo que ceder el puesto á otra Junta; no porque la primera fuese mejor ó peor que la segunda, sino porque el gusto estaba en variar de Junta, y los de la Manigua variaron de general en jefe cada

mes y medio ó dos meses, no porque unos valiesen mas ó menos que otros, sino porque había que dar satisfaccion al gusto, consistiendo ese gusto en variar de generales.

Mas hizo el presidente de la Manigua: despues de haber nombrado á Morales Lémus embajador de la república cubana en Washington, sintió el fastidio de la insipidez, y para dar variedad al gusto, nombró embajador á Quesada, sin despedir por eso rotundamente á Morales Lémus: cansóse pronto del nuevo representante y confirió el propio destino á Jordán, resultando que una república tan ionata como San Ramon, llegó á tener tres embajadores en Washington, todo por la imperiosa necesidad de dar variedad al gusto que experimentaba el que había tomado en sus manos el pandero de la presidencia, y que parecia estar diciendo para sí: mas vale un gusto que cien panderos.

Y vaya otro paréntesis para otra observacion referente á la variedad en el gusto.

Ultimamente se ha resuelto que no haya ningún embajador cubano en los Estados Unidos, y que se mande uno á Inglaterra, donde podrá entrar diciendo lo del otro:

No he venido más aprisa,
Porque á los ojos se salta,
Que hago yo aquí tanta falta
Como los perros en misa.

Por de contado, la broma de Céspedes le dió tanto gusto á Morales Lémus como si le rallaran las tripas; pero algun gusto le dió de todas maneras, aunque fuese del género de los que ha experimentado al ver el Mensaje del presidente Grant, y al saber el paradero que han tenido las expediciones del Upton.

¡Ay momentos, vive Dios,
En que asesina el placer!

ha dicho un poeta, y efectivamente, Morales Lémus, no pudiendo resistir la variedad de gustos que la rebelion le proporcionaba, parece que ha tenido el buen gusto de morirse, dejando desabuciada la causa que besó,

no contento con abrazarla, y perdidos y deshonrados para siempre á los amigos que aceptaron sus consejos.

Entre tanto, nuestros soldados atrapaban en la Manigua la bandera de la Cámara, bandera que tiene su estrellita de cinco puntas correspondiente y los mismos colores que las otras; pero todo esto combinado de distinto modo.

¿Porqué esa bandera, que se dice que ha sido conservada desde 1851, ha de diferir de las que hoy trabaja la infatigable Doña Emilia C. de Villaverde? ¿Puede hacerse con los colores y emblemas de un pabellón lo que con la redondilla del maragato Cordero?

Por si mis lectores no conocen esa preciosa redondilla, les diré que en un banquete patriótico que se celebró en Madrid en 1840, el dignísimo diputado por Astorga, mi difunto amigo D. Santiago Alonso Cordero, brindó diciendo:

Al general Espartero,
Con la mayor alegría,
Le felicita este dia
El maragato Cordero;

y no solo se aplaudió, como era justo, esa redondilla tan espontánea, tan llena de naturalidad, tan sencilla como todo lo que merece llamarse bueno, sino que se observó que sus versos podían, como los términos de toda proporción geométrica, invertirse, alternarse &c. sin que faltase jamás el sentido. En una palabra podría decirse

El maragato Cordero
Con la mayor alegría
Le felicita este dia
Al general Espartero.
Con la mayor alegría
Al general Espartero
El maragato Cordero
Le felicita este dia.
El maragato Cordero
Le felicita este dia
Al general Espartero
Con la mayor alegría
Le felicita este dia
El maragato Cordero
Con la mayor alegría
Al general Espartero.
El maragato Cordero
Al general Espartero
Con la mayor alegría
Le felicita este dia.
Con la mayor alegría
Le felicita este dia
El maragato Cordero
Al general Espartero.
&c., &c., &c., &c., &c., &c.

Dió, pues, el bondadoso y noble maragato un tema poético susceptible de bellas y numerosas variaciones, que hacían grata la repetición de una sola idea, confirmando con creces la opinión de Horacio: «*Hec decies repetita placebit.*» Pero estas variaciones que de tan buen efecto son en la poesía y en la música, ¿pueden tener aplicación á los colores y símbolos de las banderas?

¿Qué es eso? ¿No han hecho mas que tener aspiraciones á la independencia los libertadores cubanos, y en menos de veinte años gastan dos banderas distintas?

Eso basta para hacernos ver lo que sería Cuba independiente.

En veinte años pasaría por todas las formas de gobierno, desde la república democrática al imperio, y desde este á la oligarquía, cambiando de bandera cada dos ó tres meses. Solo una cosa sería inmutable: ¡la anarquía!

Pues bien: nosotros, los que defendemos la española nacionalidad, insulares y peninsulares, que constituyimos la inmensa mayo-

ría de la población cubana, preferimos la fructífera monotonía del orden á las costosas satisfacciones que con su variedad de gustos proporciona la anarquía, y por eso mantenemos esa vieja bandera que Cristóbal Colón trajo al Nuevo Mundo, y que, sépanlo bien nuestros enemigos, permanecerá inviolable flotando en Cuba y Puerto Rico *per omnia secula seculorum.*

EL MORO MUZA.

LAS AMAZORRAS.

POEMA HISTERICO

POR MIRAMAMOLIN.

CONCLUYE EL CANTO PRIMERO.

Firmeza, pues, brindaba en sus rigores La Pátria que ostentó tanta paciencia, Y se apartó de aquellos malhechores Ebrios ya de entusiasta..... incontinencia. Quedaron á sus anchas los traidores, Que, en muestra de la sana independencia, Y libertad civil que propalaban, Solo *jarda Cuba!* y *¡a vivir!* gritaban.

Darse quiso, aun de infames bandoleros Componiéndose el bárbaro partido, Digna organizacion á los guerreros Que lanzaban tan áspero berrido. Así, los mas solemnes marrulleros, En vez de *organizar*, dado el sentido Que esa técnica voz tiene en Castilla, *Mostolar* pensaron la cuadrilla.

Premeditaron, pues, los insurgentes Obsequiar con el puesto mas bonito Al que mas presentase *anti-decentes*. ¡Hombre! ¡De la expresion me felicito! Propúsemel decir *antecedentes*, Y un *lapsus* padecí, *¡lapsus bendito!* *Lapsus* providencial de que me alabo, Que errando di en el *quid*, vulgo, en el clavo!

Ello es que se pensó, como se piensa Entre fúrias del bátrato abortadas, Trocar el mejor lauro en ruda ofensa, Con otras mil y mas barrabasadas. Pensóse, pues, al dar la recompensa, Por virtudes tomar las canalladas; Y así, no fué el mas bravo el que mas brillo A la chusma debió, sino el mas pillo.

Era el *mandon*, como decirse suele, Ojo derecho de la gente estulta. La *erre*, al pronunciar, cambiaba en *ele* A veces, de ello haciendo gala ineulta. Por eso y otras gracias, el pelele Logró alcanzar, entre la turba multa, Un *aura popular* tan asquerosa..... Que ya fué, casi, casi, *aura tiñosa*.

El tal ciruelo, alzado con presteza Del bando infiel á la aplastada cumbre, Quiso arengarle, insólita extrañeza Causando entre la fosca muchedumbre. Porque de ella arrimóse á la cabeza, En lo cual se apartó de su costumbre, Pues antes, os diré, y esto no es broma, Que á donde él se arrimaba era á la *cola*.

«*Caterva*, dijo, estoy *avelgonsado*.» De que me *haigais nomblado presidente*, «Que hombre no muestra *sel sivilizado*,» Siendo *casique* de tan tosca gente. «*Pelo...* ¿qué se ha de *hasel*? Me habeis nombrado,» Y lo debo *aseptal*, *segulamente*, «Pues *fuela*, *clalo* está, *mentila* inmensa, »Desil que alguna ves tuve *velgüensa*. (1) «Vaya, *caterva*, aquí, ¿de qué se *tlata*? »De *dalse con fulol* al *melodeo*? »¿De *robal* y *matal*, hablando en *plata*? »¿De *andal* continuamente de *boleo*? »Con la blanca, la *negla* y la *mulata*? »Pues bien, ¡ah! yo de *goso* me *máleo*.

(1) Eso de hacer de la *erre*, *ele*, de la *z*, *s*, y de la *ll*, *y*, con otras lindezas por el estilo, es eminentemente liberal, según los autores autonomistas.—Nota del vecino mas cercano.

»Está ya la *replúbica* en ensayo,
»Y haga el que *quiela* de su capa un sayo.

»Estos, aunque *ploveroquen calcajadas*,
»De los que ya nos *milan* como infieles,

»Vuestros *delechos* son, que en emboscadas

»Vamos á *defendel* como *lebleles*.

»No os hablo de *debeles*, *camaladas*,

»Pues sé que entre nosotros no hay *debeles*,

»Y eso, con *desision*, *desirlo* pñedo,

»Yo, que no pago nunca lo que debo.

»Y vosotras, *mujeres*, que á los montes

»Con *cooles* venís blancos y *asules*,

»Para *inspiral* el canto á los *sinsontes*,

»Y ánimo dal á impúdicos *gandules*.

»Si, *vástagas* de *blavos Aglamontes*;

»Si, nietas de *sobelbios Betancules*,

»Que ya, para *poblar* muchos *distilitos*,

»Tantos disteis á *los Betanculitos*:

»Decís bien, *halto* tiempo el yugo infando

»Habeis estado de la ley *sufiendo*;

»Conque..... ¡á vivir! Estais *acreditando*

»Que amais la *libertad*, aquí viniendo.

»Aquí la *gosaleis*, al *fuelte* bando

»De la *clápula eterna* enaldeiendo,

»Y tan esto es así, voto á mi abuela,

»Que de *echalme á vivir* tengo dentela.»

Su discurso acabando, quien, sin duda,

Jamás probó tener ningún discurso,

Pronto los que debieran darle ayuda

Pudo elegir, pues apeló al recurso

De los *anti-decentes*: y sañuda

Faz mostró luego el criminal concurso,

Pronto á prestar á toda providencia

De sus jefes..... formal desobediencia.

(Continuará.)

CARTA DEL MORO VARGAS AL "MORO MUZA"

(CONTINUA.)

El batallón de Recio tenía 107 hombres: los demás algo menos, porque no era tan buena gente y cogía el olivo todo el que ponían de avanzada. En todo seis batallones; pero eso sí, á la campana. Todos los días daban batallas y corrían tanto los españoles, que si un día estaban en Sarumaguaca el siguiente iban á parar a Magarabomba.

No hay mas que leer «*El Cubano libre*» ó «*El Mambi*,» periódicos manigueros, para aprender victorias. Si es en las Villas, en Manicaragua y en Guaracabulla hubo buena zurra: el general polaco Rolof hizo prodigios, si bien le quitaron el machete y los papeles. En Oriente, andaba Holl por Remanganaguas y Culo-alaire haciendo de las suyas. Julio Peralta había dado en Holguín una lecciónita á los voluntarios de Fray Benito, (1) aunque tuvo veinte y tres muertos, porque los voluntarios eran cincuenta y él no tenía mas que cuatrocientos hombres. En fin, en el Camagüey hubo palos en el Ciruelito y en el Corojito, en Guaicanamar, Camaján, Caurege, Guásimos, Tucunú, Jigüey y otras acciones, todas memorables.

Ademas, veinte y cinco españoles que cayeron en Bonilla cortando forrage, fueron hechos picadillo. Mas de doscientos guajiros ahorcados, porque los muy tunos se querían presentar al infame Gobierno, y como el vomito prieto, que es el gran patriota, está matando cada dia de ochocientos á mil catalanes y no cabe duda, porque lo dice el «*Cubano libre*,» que es el periódico oficial, esto tiene que acabar muy pronto, y Cuba será libre. Cuando un pueblo quiere una cosa no hay remedio; aunque viniera ese Torrequemada que dicen que ahora manda en España, sería lo mismo. Ya los cubanos le han enseñado los dientes en Barcelona.

Refiero, Muza, muy en extracto, todo lo que charlaron aquellos salvajes. Juzga de la impresión que yo sentía escuchándolos. No desplegué mis lábios, encogiéndome de hombros cuando me preguntaron á donde quería ir. Senti que la musulmana gravedad recobraba en mí su

(1) Sorprendíame que hubiera todavía conventos en Cuba y que un fraile mandase fuerzas españolas, hasta que mas adelante supo que Fray Benito era un pueblo.

asiento, y por la Montaña Sagrada juré en mi interior no estar por mucho tiempo en semejante compañía.

Al anochecer rompió la marcha la partida, en busca del jefe Recio, para comunicarle el buen éxito de la expedición. Caminábamos durante la noche, dormíamos de dia, comiendo un plátano aquí, carne sin sal allá, y á veces, Dios guarda á V. muchos años.

Al cabo de quince días de peregrinación, siempre dentro de la manigua, con frecuentes sustos y alarmas, pasando y repasando sitios de nombres imposibles, no habíamos encontrado un insurrecto para un remedio. Recio y los suyos debían estar de Romería.

Alguna que otra mujer en ranchos del interior de los montes, al apercibir el movimiento de las ramas y sin esperar á conocer la cansa, salían como alma que lleva el diablo, levantando el túnico más de lo que se acostumbra en circunstancias ordinarias, y dejando como presa de la manigua pedazos de la cola, garras y otras frioleras.

El Hércules congo estaba desesperado, sin saber qué hacer.

—José Inés, dijo al fin á uno de los mulatos de la partida: bótate del caballo, y ahorítica mismo te paras en aquel mango aguantando si vienen los patosos, no seas sinvergüenza y te duermas como el otro dia, porque te guindo como Dios pintó á Perico. Por aquí, añadió, ni de noche estamos seguros: por muy buena que sea la Sierra de Najaza ese cocuy de todos los diablos (1) la conoce tan bien como yo. No hay que descuidarse.

—Soldaos, soldaos, dijo por lo bajo, confirmando la recomendación, el que acababa de encaramarse en el mango. Ya están encima.

—Por dónde vienen?

—Por el camino de Anton Blanco.

—A juir, señores, mandó el jefe.

—Pero, ¿cuántos son? preguntó el yankee, mientras colocaba una cápsula en el Remington.

—Son cinco.

—Entonces, ¿por qué huir si somos doce?

Eramos, debió decir: blancos, negros y chinos habían penetrado en la espesura, cada cual por su lado, sin hacerse repetir la orden, disparando las armas sin saber á donde, y los dos compañeros de viaje nos encontrábamos como gallina en corral ajeno, sin descubrir otra vereda que la que trian los soldados.

Miré al yankee: su fisonomía no había sufriido alteración: eligió con la vista el árbol más grueso, una palma; se parapetó con el tronco, sacó de una bolsa varias cápsulas, que puso en el bolsillo derecho del pantalón, y escuchó el galopar de los caballos.

No sé como vino á mi memoria en estos momentos una fábula que aprendí en la niñez:

Pedro Ponce, el valeroso.

Y Juan Carranza, el prudente,

.....

Imitemos á Carranza, es la moraleja. Mi flámante Winchester fué á parar á lo mas espeso que ví á mano: gané las ramas de una magnífica ceiba, sofocada por el ingrato jagüey, y me agazapé, dispuesto á observar lo que ocurriera.

—Por aquí sonó, dijo á poco roto un soldado español, penetrando valientemente en el claro, con cincuenta pasos de delantera á los otros.

Ví volar su sombrero por el certero disparo del yankee, y vi caer á este á la descarga de otros soldados, que por la parte opuesta penetraban sin previo aviso.

Aquí acabó la historia de J. J. Wolf. Dos balas le habían entrado por la espalda.

Es posible que los soldados conocieran después detalles tuyos, porque tan luego como se reunieron en el descampado los doce ó quince que componían ambas secciones y hubieron reconocido y registrado mata por mata las inmediaciones, hicieron la misma operación en los bolsillos del difunto, sin pararse en dimes (2) y diretes.

Todo iba perfectamente, á no haber tenido

uno de los soldados el capricho de comer mangos.

Los soldados tienen diabólicas ideas.

Apoyando el cañón del fusil en la rama más baja del árbol, empezó á dar magníficas sacudidas, que produjeron el desprendimiento de la fruta deseada; pero abajo vino al mismo tiempo el mosquetón de José Inés, que por lo visto no estaba apercibido para aquel lance.

Sorprendido el soldado del desprendimiento, sin acordarse ya de su apetito, recogió el arma y escudriñó con la vista, preparada la suya, la copa del árbol.

—Sargento Longinos! Un sinsonte! ¡un sinsonte! gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—No le tires, dijo el sargento acudiendo: si es sinsonte cantará de lo lindo; pero como estos pájaros nunca andan solos, á ver, muchachos, si la pareja anda por ahí.

Con la nariz al cielo salieron entonces una media docena, y de nada sirvió mi intención de incrustarme en el tronco. No habrían pasado cinco minutos, cuando oí debajo de mí.

—Oye tú: ¿qué lámina es aquella que hay en la ceiba?

—Parece un cura: tiene balandrán.

—¿Cómo ha de ser cura? ¿pues no ves que gasta gorro catalán?

—Eso no es gorro catalán.

—Ahora sabremos lo que es. ¡Eh! esperpento: abajo pronto, si no quieres bajar de cabeza.

Esta insinuación me obligó á deslizarme al suelo, porque las alusiones á mi chilava de Tremenec y al gorro tunecino, no me dejaban duda de que se trataba de mi persona.

Sufrió un interrogatorio del sargento Longinos, y el correspondiente careo con José Inés; de donde resultó que á uno y otro nos pusieran codo con codo.

Sin embargo, observé que el sargento no me miraba con malos ojos. Longinos había hecho la campaña de Marruecos, y mi traje y mi relación, que me hizo repetir, despertaron su curiosidad. A cambio de infinitas preguntas, me comunicó que sus padres habían pensado hacer de él un obispo, y le habían puesto en el seminario de León, donde había pasado resignadamente por sermo, sermonis; pero que en *quis vel quid* había encontrado dificultades supremas, y como al mismo tiempo llegara á las becas el ruido de las acciones del Serrallo y del Boquete de Anghera, se había puesto de acuerdo con un compañero, y escurriendo bonitamente una noche, habían ido á parar á Cádiz, donde sonaron plaza, siendo seguidamente destinados al regimiento de Borbon, número 17, y asistiendo á todos los hechos de aquel brillante cuerpo. En Tetuan había aprendido á decir en árabe, «buenos días», con lo cual adelantó en este idioma casi tanto como yo en el latín. Pasó voluntario á Ultramar al final de la guerra: aprovechó desde el principio las delicias de la insurrección, ganando los galones de sargento primero, con mas, un chirlo de machete, el vomito negro, el cólera y unas tifoideas, á cambio de unos cuantos mambises que llevaba despachados.

Por epílogo contó Longinos que la columna del Comandante Montaner, á que pertenecía, en combinación con las de los coronelos Fajardo y Chinchilla, acababan una operación de muy buen resultado, en que habían mordido el polvo una docena de cabecillas: se habían dispersado las partidas, y las tropas descansaban á una legua de distancia, abrazando las contraguerrillas un radio de tres.

Utilicé las buenas disposiciones del sargento para mi particular instrucción, observando, ante todo, que era buena suerte la de haber muerto doce jefes en un solo encuentro; mas según mi interlocutor, esto no tenía nada de particular, porque era tanta la abundancia que en el campo rebelde hay de Generales y Coronelos, Prebostos y Prefectos, Gobernadores y Ayudantes generales, que lo difícil sería tirar á un grupo de diez hombres y que no cayera un titulado. De dos meses á esta parte había merma muy regular en los empleados militares y civiles de la república, y aun en los pretendientes á tales distinciones, que solían pagar

un tanto caras, de modo que van ambicionándose con preferencia las plazas de Ministros plenipotenciarios, Embajadores, Generales ó siquiera, coronelos de Nueva-York.

—¿De Nueva York? pregunté al llegar aquí. ¿Qué hacen allí?

—Hacen la guerra: contestó muy formal Longinos. Dan grandes batallas en Broadway, en los meetings y en otras partes. Desde allí han tomado á Puerto-Príncipe, Cienfuegos, Santa Clara, Remedios, Las Tunas, Sancti-Espíritus, y no sé si alguna ciudad mas. Cuando no hay otra cosa que hacer, dan batallas los unos á los otros, y se entretienen en escribir unas tres docenas de periódicos, que tienen otros tantos lectores, siguiendo la escuela de Manolito Gazzquez, ó de cualquier otro embusteros fanfarrón si lo hubo mayor. ¡Oh! en esto dan diez y raya al que mas despuente, y es divertido ver como sueltan bolas mas que letras. Por supuesto, aquel caribe Hatuey que veneran, era un angelito comparado con los españoles, que se desayunan con media docena de chicos y cenan otras tantas viejas *sancuchadas* todos los días.

—¿Y quién dirige á esos señores de Nueva-York?

—No son señores; son ciudadanos. Tienen varios directores de orquesta, que desafinan mas ó menos, y nunca cogen el compás. El principal ahora es un tal Aldama.

—¿Es Ministro, ó General?

—Es lo que aquí llaman un *guanajo*. Mientras le duren los buenos pesos que reunió su padre, trabajando como *patón* que era, durará la cortesía. Cuando se acaben, le tratarán como un badulaque que es.

—Muy enterado está V. de lo que pasa en Nueva-York, Longinos.

—¿Pues no he de estarlo? Ya he dicho á V. que el principio de mi carrera fueron las letras. Estoy suscrito al «Diarie de la Marina», que es grande y lo cuenta todo.

En esto llegamos á una *sabana*, que domina magnífico paisaje. A orillas de un arroyo acampaban fuerzas, que no bajarian de mil quinientos hombres, en cuatro grupos ó columnas separadas. Eran las que acababan la operación combinada de que habló Longinos.

Pero no se diría que aquella gente llevara seis días de marcha, á razon de ocho á nuevo leguas. Había grupos en que, al compás de música de gorgorilla, se bailaba la *jota* ó la *muñeira* con un ardor envidiable. De otros salían con perfecta armonía los populares coros de Clavé. Los había ocupados en la grave tarea de dar vueltas á un asador improvisado y en contemplar las variaciones de aspecto de un lechón y tres gallinas atravesadas. Trepaban unos por los cocos, buscando su fresco fruto. Algunos, despojados de la camisa, la lavaban en el arroyo. Dormían no pocos con la misma tranquilidad que en colecho de pluma, mientras las vanzadas y prevenciones se mantenían alarma.

Era un cuadro digno de un gran pintor. ¡Qué variedad de actitudes! ¡qué lujo de movimiento!

Este es el soldado español, hube de pensar. Siempre el mismo. Allí veo al Castellano: ha adoptado en Cuba el colete y las calzas, el chambeleng y las botas. El color y la materia del equipo son distintos, mas la forma es igual á la que usaban los *poderes* del Cardenal Cisneros, como lo es su soltura y agilidad. Tiñase ese traje de rojo y de amarillo, y se verán los Tercios viejos.

—Y aquellos otros? ¡Ah! Los reconozco también. Son los almogávares. El mismo aspecto: la propia decisión de aquellos de Grecia y Turquía. Tal vez gritan todavía, *despera ferro*, en trances apurados!

—Qué ejército el español! Los tiempos y los climas no ejercen influencia en sus condiciones. Podrán faltarle la paga, el alimento y el vestido: no le falta jamás el buen humor. Con tales hijos, cualesquier que sean las vicisitudes que el Destino tiene á España preparadas, han de vencerse las adversidades y salvarse los naufragios.

(Continuará.)

(1) Montaner.

(2) Moneda americana.



DESPEDIDA DE DOÑA EMILIA.

—Marcho á Cuba, Cirilo, á defender nuestra causa. Tu te encargas de concluir las banderas que dejé empezadas, Cirilo.



Litog. & Imp. del Comercio, Obispo 87.

Mientras las damas cubanas-neoyorquinas organizan una expedición contra Cuba, Morales Lémus se decidió á servir de criandera con los niños de las patriotas ; pero tanto tiraron estos..... que se chuparon el nodrizo.



El baston de mando que la Junta de Nueva York remitía por el vapor *Upton* á Carlitos Manuel.



EL ROBO DE LOS 87.000 PESOS DE LA JUNTA.

ALDAMA. —Cielos !! se han llevado el dinero y han despreciado los bonos ! que falta de patriotismo. !!! Si será esta la comision que trajo Quesada á Nueva York..... ?

DON PEDRO JIMENEZ.

He aquí, lectores, uno de los nombres mas populares que yo conozco.

Tan popular es el nombre de D. Pedro Jimenez, que, bien recibido en los palacios, ha llegado á ser familiar hasta en las tabernas; como que, si los concurrentes á estas no tienen por punto general una instrucción muy sólida, no puede negarse que la tienen *líquida*, y esta es justamente la que inspira mas veneración hacia el inmortal *D. Pedro Jimenez*.

¿Qué dicen los biógrafos acerca de ese buen señor, cuyo nombre es mas popular que los de Aristóteles, Séneca y Galileo? Nada, y eso prueba las injusticias de los mortales. Se habla de Erostrato, que para hacerse célebre quemó el templo de Diana; se habla del general Banks, que, después de haber demostrado su absoluta incapacidad militar en la Luisiana, está enalteciendo en Washington á los Erostratos de Cuba, ¡y nada se dice de D. Pedro Jimenez!

¿Será porque gocen el concepto de tontos los que aclaman este respetable nombre? Al contrario, los mas acérrimos partidarios de D. Pedro Jimenez son, precisamente, los hombres de *chispa*, y eso es lo que quizás le ha perjudicado en el concepto de los biógrafos aludidos.

Pero, á pesar de todo, la popularidad de dicho señor sigue propagándose de tal modo, que no extrañaría yo que las amazonas cubanas reclamasen su auxilio para la campaña que van á emprender contra nosotros, pues así me lo hace sospechar la afición que esas señoras tienen á los *tirabuzones*, y eso sería temible, porque si á las tales amazonas no las *embriagase* el entusiasmo liberal, es seguro que les *embriagara* el auxilio de D. Pedro Jimenez lo bastante para hacer alguna que fuese sonada.

Bien que, harto ha hecho por *embriagarse* así el famoso Aguilera, y los resultados han sido contraproducentes, como todo lo que se hace entre los *libertadores*. Cabalmente ese partido, que tiene una porción de *Armas* á su disposición, se queja de faltarle el armamento, y siendo sabido que figuran en él muchos *Valientes*, la experiencia acredita que casi todos merecen la nota de cobardes.

Volviendo á D. Pedro Jimenez, diré que no sé cómo un hombre que tiene tantos partidarios no ha llegado siquiera á proclamarse emperador. Menos y peores satélites que dicho señor tiene Carlos Manuel de Céspedes, y sin embargo, veo que trata de continuar en Cuba la dinastía de los antiguos soberanos de Méjico.

Así, al menos, se deduce del nombre de *Moctezuma* que en una de sus cartas le ha dado D. José Valiente; cosa en verdad tan inexplicable tratándose de un republicano, como la ocurrencia de aquel diputado norteamericano que aboga por la beligerancia de los *mambises*, fundándose, no en las prescripciones de derecho internacional generalmente admitidas, sino ¡pásmense ustedes!.....en el valor relativo de los *jamones*!!

¿Quién concibe eso? Para mí, una de dos: ó ese diputado quisiera decir *jamonas*, en vez de

jamones, mostrando su afición á las amazonas que tenemos en perspectiva, ó al sacar á relucir la carne de cerdo, á propósito de la independencia que piden los rebeldes cubanos, vino á confesar implícitamente que la causa aclamada por ellos, y defendida por él, es la mas marrana que el mundo ha conocido.

Pero vuelvo á D. Pedro Jimenez, y digo, que si no ha trabajado en beneficio propio, no ha dejado por eso de causar algunos trastornos aun en las cabezas mas conservadoras, si bien esos trastornos son pasajeros, por lo regular, y se corrigen pronto, en virtud de la ley de orden público natural que se llama *el sueño*.

¿Consistirá la abnegación aparente de Don Pedro Jimenez en que sus partidarios carezcan de recursos, ó estén divididos? No lo creo. Verdad es que entre ellos los hay tan pobres que usan mala capa, y por eso se ha dicho que debajo de una mala capa se encuentra un buen bebedor; pero también los hay más ricos que Aldama, cuando Aldama era rico, y en cuanto á divisiones, no las comprendo entre personas cuya alegría es proverbial, que *alegres* y bien *alegres* suelen casi siempre estar los partidarios de Don Pedro Jimenez, aunque, como vulgarmente se dice, pasan la vida á *tragos*.

Dos de esos adeptos de D. Pedro Jimenez felicitaron á su ídolo en el *Diario de la Marina* el dia de San Pedro, en lo cual nada hubiera yo visto de particular, si no fuera porque uno de ellos terminó su soneto de cajón diciendo:

—Será, pues, mi pasión por tí raquíctica,
Cuando te hago un soneto muy flamante,
Y arrosto de Villergas, hoy, la crítica?

Porqué como ese Villergas es el director de nuestra publicación, la indirecta se parece á las del Padre Cobos.

Y bien, digo yo á los mencionados adeptos de D. Pedro Jimenez: no temais la crítica, esta vez incompetente, del Moro Muza, porque como la ley de Mahoma le prohíbe el uso del vino, es natural que se abstenga de todo lo que con él se relaciona. Ciento es que entre los cristianos no hay tantos escrúpulos, como lo prueba el hecho lamentable de que, no debiendo pensar mas que en las cristianas, algunos de vosotros mostráis decidida afición á las turcas; pero el que otros se condonen á ciencia cierta, no es una razón para que nosotros hagamos lo mismo.

Absténgome, pues, de toda crítica en esta ocasión, y solo os advierto que, ya que en tanto estimais al Sr. D. Pedro Jimenez, de acuerdo en esto con la Sagrada Escritura, en la cual se ha dicho: *vinum bonum latifcat cor hominis*, tened cuidado en distinguir lo falso de lo verdadero; porque, así como hay piratas que izan bandera americana para engañar á los marinos españoles, abuso que debe tener un término pronto y contundente, y así como no faltan especuladores de mala ley que anuncian las cosas que venden con nombres que no pueden llevar legalmente, así puede haber quien pretenda hacer pasar por Don Pedro Jimenez á cualquier otro Pedro, aunque sea el de los Palotes. He dicho.

EL MORO MUZA.

LAS VISITAS.

I.

—Estoy siempre debiendo visitas, decía no ha muchos días, en presencia mia, una señora joven y bella: cada dia tengo mas; es una fatiga; ¡pasan de cuatrocientas! Así es, que siempre estoy en falta con las gentes: mi ultima enfermedad me ha atrasado de tal modo, que no sé qué hacer.

—Hay un medio fácil de salir del paso, opinó otra amiga de ambas que la oía: se toma un carro durante ocho días seguidos, y se hacen cada dia veinte ó treinta, dejando tarjetas en las porterías, ó subiéndolas el lacayo.

—¡Magnífica idea! exclamó la dama: lo salva todo: cumple con las gentes, como quien dice sin tiempo!

Formaba parte de la reunión un anciano, respetable por su elevada inteligencia, no menos que por su edad avanzada: era tío de la que acababa de hablar, y la quería con un afecto completamente paternal.

—¿Por qué haces tú visitas? le preguntó, después de haberla mirado en silencio durante algunos instantes, con la penetrante y dulce expresión que le era habitual.

—Hago visitas, querido tío, para cumplir con las gentes.

—Solo por eso?

—Y por qué otro motivo se hacen?

—Por afecto á las personas á quienes se va á visitar.

—Dios mio! exclamó la joven señora: si fuéramos á amar á todas las personas á quienes visitamos, ¿dónde habría corazón para tanto? Ademas, amistades verdaderas ¡hay tan pocas!

—Por cierto, hija mia, qué dices ahora lo que sientes, y veo en tu rostro que este conocimiento te causa una verdadera tristeza; tienes razón: la amistad verdadera es difícil hallarla, y las personas que llevan el género de vida que tú llevas, no la encontrarán nunca: porque todo lo que dais á la frivolidad, se lo quitan al corazón.

—No lo entiendo á V., mi querido tío.

—Yo me explicaré: ¿por qué visitas á tanta gente?

—Porque toda esa gente me visita á mí.

—Y entre todas esas personas ¿hay muchas que te aman?

—Acaso ni una sola, contestó con un suspiro mi amiga: ¡acaso ni una sola se interesa por mí!

—Y eso ¿en qué consiste? Siendo dulce, bondadosa, amable en tu trato, ¿cómo es posible que seas generalmente antipática?

—Tío! ¡No creo que nadie me profese antipatía! exclamó la joven resentida.

—Entonces, ¿Eres indiferente á todos?

—Eso será mas bien! pero ¿antipática? ¡oh, no! ¡A nadie he hecho daño en toda mi vida!

—Lo sé: y por eso te pregunto si sabes la causa de esa carencia de afectos, de esa frialdad que te rodea, pobre hija mia.

—No la conozco, ni había pensado nunca mucho en ella, porque me entristecen esos pensamientos.

—Ahora hablemos de tí: ¿tienes tú afecto, no á todas, pues ya veo que eso es imposible, sino á algunas de las personas que te visitan?

—No les tengo afecto; pero tengo inclinación á algunas, y si no fuera porque una invencible timidez me lo impide, y porque me falta tiempo para ello, desearía cultivar su amistad.

—¡Ya está explicado el enigma! exclamó el anciano: ¡la falta de tiempo! La falta del tiempo que se pierde en un trato frívolo es inútil, y que se echa de menos para los afectos verdaderos!

II.

Mi amiga miró asombrada á su tío que prosigió:

—No se pueden tener muchas amistades si se han de tener algunos amigos, hija mía: la vida está llena con dos afectos, y bastan si se sienten profundamente; el amor y la amistad: son dos dulces necesidades del corazón, y para satisfacerlas, todo el tiempo es corto.

—A qué ese cúmulo de frívolas visitas? ¿puede creer en tu simpatía é interés la dama que solo conoce de tí el nombre inscrito en las tarjetas que le sube el lacayo? ¿Puedes tú creer en las suyas, cuando él hace lo mismo?

—Pero si esa es la costumbre!

—Costumbre absurda y no tan generalizada tampoco como tú crees: llévate siempre esta regla en tu trato: *ni buscar amistades, ni perderlas.*

Las visitas son necesarias para conservar las relaciones sociales: son la expresión de la deferencia hacia los que nos son superiores; de la simpatía á nuestros iguales; de la picardía, hacia los que sufren: son, en fin, el lazo que une á la gran familia llamada sociedad, y bajo este punto de vista, son, no solo necesarias, si no agradables: pero lo que es inútil y absurdo, es ese afán de visitar que se ha desarrollado de poco tiempo á esta parte, y que á nada conduce mas que á perder el tiempo y la paciencia: si se dedican todas las horas de que se puede disponer á las visitas de cumplido ¿qué tiempo dedicaremos á las de afecto? y cómo expresaremos este, sino yendo á ver, de cuando en cuando, á las personas que nos lo inspiren?

—Lo que me ha herido profundamente, dijo la joven, es que durante los días de mi enfermedad, apénas ha venido nadie á verme; nadie se ha ofrecido á velarme: nadie me ha acompañado una hora.

—En cambio, desde que saben que te levantas, tienes al eriado de la antesala constantemente anunciando visitas y recibiendo tarjetas: además, la lista que se ponía á la puerta de la habitación, estaba llena todos los días.

—Si! de nombres que venían á escribir criados, ó conocidos de mis amigos.

III.

—La sociedad exige mucho y da muy poco, dijo nuestro anciano amigo: después de una noche de baile que has pasado sin dor-

mir, y empaquetada en un traje incómodo; después de un día de visitas, fatigoso y eterno, y vuelves á tu casa con el espíritu alegre y el corazón tranquilo?

—¡Nunca, tío mío! Mi cuerpo llega cansado! mi espíritu vacío y triste!

—Así sucede á casi todas las personas, y desde luego á todas las que piensan y sienten.

—¿En qué consiste, pues, que algunas jóvenes que yo trato, están solo contentas así?

—Porque ni sienten ni piensan: porque esa frivolidad basta para llenar su tiempo y divertirlas; porque no tienen recursos en sí mismas: en una palabra, hija mía, porque miran siempre á la tierra y jamás al cielo! Pero eso no da la felicidad, ni la alegría, ni aun la tranquilidad: adquiere la costumbre de preguntarte cada noche al recogerte: —¿Qué he hecho hoy? —y verás qué dolor sientes al tener que contestarte: —Nada que valga algo: —Luego he arrojado un día al abismo! *Diem perdidit*, que decía el emperador Tito.

—Pero señor, observó un joven elegante y perfumado que se hallaba presente también: ¿se ha de retirar la señora de todo trato? Bella, rica, libre, pues es viuda, y en lo mas florido de la juventud, va á dedicarse solo á pensar y á sentir? —Y el buen tono? —Y su proverbial elegancia? —Se ha de eclipsar? —Se ha de morir moralmente?

—No señor: antes por el contrario, le aconsejo una *resurrección*; la resurrección á la dicha, á la paz consigo misma: que entre todas esas innumerables visitas elija aquellas personas que le sean mas simpáticas, ó que sean verdaderamente distinguidas por sus talentos y virtudes: que elija, en una palabra, lo que le agrade, lo que pueda amar, ó á lo menos estimar: para la amistad, que se dedique mas á conquistar afectos que á provocar envidias: mas á ser amiga que á ser rival: mas á ser útil que á deslumbrar: que deseé mas ser querida por sus bondades que ser citada por modelo de elegancia, y que prefiere la dulce intimidad de algunas pocas y elegidas personas al gran círculo, en el que solo se admirán sus trajes y sus prendidos, sin pensar en las nobles cualidades de su carácter y de su corazón.

Mi amiga besó tiernamente la mano de su tío, prometiéndole así, de una manera tácita, seguir sus consejos.

ZORAIDA.

DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

NOVELA QUE NO ES CULPA DE SU AUTOR, SI TIENE ALGO DE SENTIMENTAL.

CAPITULO QUINTO.

TAMBIEN ADELA TROPIEZA.

(Continúa.)

A la mañana siguiente bien temprano, recibió Ernesto un billete de Adela. Dió un brinco en la cama al tomarlo de manos de su ayuda de cámara, y conocer que era del objeto de sus ensueños. Lo abrió precipitadamente y vió que en él le daban una cita para dos horas después, en el mismo sitio en que tuvo lugar la primera.

Ernesto dió otro brinco y empezó á vestirse á una hora en que no tenía costumbre de hacerlo; pero todo lo puede el amor.

Yo creo, y permítaseme esta digresión, que Ernesto, que era hombre de buen gusto, habría dado el tercer brinco, y el cuarto, y hasta ciento, si además de fijarse en el contenido del billete, se hubiera fijado en su ortografía. Pero no lo hizo, así como no lo hizo con el primero, que por cierto no estaba escrito tal como lo hemos presentado á nuestros lectores. Había una notable diferencia.

Conozco que hay hombres que no saben aprovechar las ocasiones que les brinda el placer. Y digo esto, porque no hallo cosa mas interesante, y que me conmueva mas que las faltas de ortografía en la carta de una mujer; por supuesto, si esta carta es dirigida á mí, y soy yo el que ha inspirado su contenido.

La ortografía del billete de Adela era pésima, y en esto estaba su verdadero encanto. La falta de ortografía y de corrección de estilo es un aliciente mas que tiene la mujer amada. Jamás he comprendido el mérito que tiene un billete amoroso bien escrito, y cuando he visto palotes en vez de letras, y letras como melones, no ha tenido límites mi alegría.

Un te *hamo* escrito con *h*, es para mí el colmo de la felicidad..... ¡Cuántos atractivos!..... ¡Cuántos encantos le encuentro á esa *h*, que parece estar puesta allí con intención de hacerle á uno enloquecer!..... Pero hay otra cosa mejor todavía.

Cuando al final de una carta le dicen á uno: «adios, te *abrasa* de corazón tu &c.» vamos, no hay mas allá. Parece que la mujer que ha escrito aquello, le está *abrasando* á uno con *s*, aun antes de poderle abrazar con *z*.

Y cuanto mas instrucción tiene la mujer, y mas talento..... mas mérito le encuentro á esto, que algunos llaman faltas, y que para mí son tesoros que no tienen precio.

Sucede á veces con la mujer, que por muy instruida que sea, no se le pueden hacer comprender ciertas pequeñeces, que todos comprenden.

No recuerdo á quien le he oido decir, ó si lo he leído en alguna parte, que un célebre literato francés, que era íntimo amigo de la no menos célebre *Madame de Sevigné*, hablando con ella un día, le dijo, entre otras cosas: *je suis malade* (estoy malo), y ella respondió, *je la suis aussi* (también yo la estoy).

Pues bien; apesar del talento y de la instrucción de *Madame de Sevigné*, no pudo el literato convencerla de que debía decir *je le suis aussi* (yo también lo estoy), porque siempre contestaba: que ella se sentía femenino, á no dudarlo; y decir de ella misma, *je le suis aussi* (también yo lo estoy), era convertirse de repente en masculino; cosa que le repugnaba sobremanera. Y no hubo medio de hacerla variar.

Si esto es verdad, sería un encanto mas que tendría para mí la bella Marquesa, á la que hubiera adorado de rodillas.....

Pero conozco que soy algo dado á las digresiones, y que esta es mas larga de lo regular. Y quizá no tenga conexión alguna con los amores de Adela y Ernesto, que es lo que me he propuesto referir. Aunque á la verdad, si Cervantes intercaló en el *Quijote* el *Curioso Impertinente*, que maldito lo que tenía que ver con la novela; bien puedo yo, que tengo mucho de curioso y quizá algo de impertinente, pero nada de Cervantes, mezclar lo que se me antoje en mi cuento, venga ó no venga á *idem*.

Volvamos á nuestros enamorados.

Adela y Ernesto se reunieron en el sitio señalado. Despues de los apretones de manos, y de esas mil niñadas que entre los que se aman dicen tanto, dijo ella:

—¿Sabes el encuentro que he tenido?

—A quién has encontrado?

—A D. Ambrosio.

—El pobre!..... ¿Y no te has asustado?

—No tanto como otras veces, porque ahora lleva un sombrero muy elegante.

—¡Hóla! parece que hemos conseguido arreglarle la cabeza.

—Oh, sí, y tambien el vestido: ahora lleva mejores prendas.

—Bravísimo; me alegro mucho de esta transformación; siempre es un placer el hacer bien.

—Sí; pero sigue persiguiéndome; todos los días pasa por casa dos ó tres veces.

—Déjale, si eso le sirve de consuelo al pobre.

El paseo siguió, y ambos estuvieron juguetones, como dos criaturas que eran.

Ernesto había mandado preparar almuerzo en una casa inmediata y fueron allá.

Terminado el almuerzo, que estuvo lleno de encantos para los dos, salieron á pasear por una hermosa pradera, toda llena de árboles, y que por su frescura y soledad convocaban á partir amorosamente.

Adela se colgaba del brazo de Ernesto y, brincaba como una loquilla, haciendo que él enloqueciese cada vez mas.

En uno de estos brincos quiso Ernesto abrazarla..... ella se desprendió con ligereza y se lanzó á correr. El trató de alcanzarla, y ya lo iba á conseguir, cuando por efecto de la violencia de la carrera, Adela dió un tropezón y yaciló un poco. Ernesto se precipitó hacia ella para sostenerla y la recibió en sus brazos.

(Continuará.)

CIDE HAMETE BERNENGELI.

LA MUJER MARISCO.

A LOS QUINCE AÑOS.
Plato fino aunque algo soso,
Agradable y no sabroso
Sin nada excitante, en fin,
Es bonito, mas no hermoso,
Lo mismo que el LANGOSTIN.

A LOS VEINTE.
Se encuentra mas en azon
Y es digna de figurar
En mesas de distincion,
Se la puede comparar
Con justicia al CAMARON.

A LOS TREINTA.
Pasó demasiado breve
La aurora de la hermosura,

Su rostro ya no comunica,
Pero aun tiene su figura
Los encantos del PERCEBE.

A LOS TREINTA Y CINCO.

Tiene conchas y es preciso,
Según el arte aconseja,
Sazonarla con un guiso,
Yu que su desgracia quisó,
Convertirla en una ALMEJA.

A LOS CUARENTA.

Ya por casarse está ciega:
Si un hombre á su lado llega,
Difícilmente se escapa,
Porque ya á esta edad se pega
Lo mismo que una LAPA.

A LOS CUARENTA Y CINCO.

Un continuo malestar
En su semblante se pinta:
No se la puede aguantar,
Su humor es como la tinta
Que hay dentro de un CALAMAR.

A LOS CINCUENTA.

No conserva ni un hechizo:
Aun de las conquistas que hizo
El recuerdo le hace daño,
Y uno y otro desengaño
La han trasformado en ERIZO.

A LOS SESENTA.

Del amor perdió la idea:
Va al templo y allí se postra,
Y en sus rezos se recrea,
Y en lo arrugada y lo fea
Solo parece..... una OSTRA.

BOABDIL EL CHICO.

MISCELLANEA.

Nuestro estimado colega *La Voz de Cuba*, en el número 8º de su 3ª época, que ha inaugurado con la brillantez que de sus actuales dirección y redaccion esperábamos, al acusar el recibo de nuestra *Quinceña* última, en términos benévolos á que le quedamos muy agradecidos, añade: «y respecto de la segunda (esta segunda es la que con el título de *La Voz de Cuba* pregonan algunos vendedores) debemos advertir que *nada tiene de común con La Voz de Cuba*, pues este periódico lleva en sí mismo las noticias de la quinceña en las colecciones que envia á la Península.»

Pues bien: á pesar de esta bien espícita y terminante declaracion de nuestro estimado compañero de la calle del Teniente-Rey, los vendedores han seguido pregonando la aludida Quinceña con el título de *La Voz de Cuba*, que no le corresponde, y llamamos la atención de la autoridad para lo sucesivo acerca de ese abuso con que, además de engañarse al público, podría el espíritu de especulación perjudicar al buen nombre de acreditadas empresas periodísticas.

La reina Isabel de Inglaterra, visitando un dia al canciller Bacon, le dijo: «Para ser un hombre tan grande, teneis una casa bien pequeña.»—«Señora, contestó el canciller, la falta es de Vuestra Majestad, que me ha hecho demasiado grande para mi casa.»

Muchos de los que emigraron
A los Estados Unidos,
Padecen sindicritis
En grado tal, que se ha dicho,
Que ya, los que en otro tiempo
Mascaban á dos carrillos,
Los principios en la mesa
Suprimieron, y yo digo:
¡Vaya unos republicanos
Consecuentes, vive Cristo,
Eso que tan fácilmente
Abandonan los principios!

Pero como están desocupados los republicanos aludidos, parece que se han dedicado á estudiar lógica, y nosotros lo celebramos, porque buena falta les hace.

En efecto, conceden que perdieron la primera expedicion del *Upton*; pero niegan que la segunda tuviera igual suerte; lo cual prueba que miran dichas expediciones como *premisas* de un *sílogismo*, y según vieja costumbre de los ergotistas, dicen: *concedo la mayor, y niego la menor*.

Pues bien, á eso decimos nosotros que no hay *mayor ni menor*, porque iguales fueron, sobre poco mas ó menos las dos *premisas* que el cobardísimo Javier trajo á Cuba, siendo la *consecuencia* de esas *premisas* haberse provisto el gobierno español de gran cantidad de armas y municiones sin gastar una peseta.

Está visto que la lógica de los laborantes vale tanto como sus *bones*.

En las cuentas que el cobardísimo Jayier ha presentado el estolidísimo Aldama, parece que hay partidas tan curiosas como la de la cuenta de una cocinera en que se decia: «Por una peseta de huevos..... dos pesetas.»

Y lo mas curioso del caso está en que al oír los pormenores de las citadas cuentas, parece que Bramosio miró á Cisneros, exclamando: ¡Así se engorda, mi amigo!

¿QUIEN NO SE CONSUELA?

En un pedazo de cristal, un dia,
Tuve yo de mirarme la ocurrencia,
Y quedé de mí mismo horrorizado.
Mas luego, con gran gozo ó alegría,
Al espejo, acudi de mi conciencia,
Y quedé, al verme bueno, consolado.

ALÍ-ALAH.

VER Y CREER.

¡Cá! No existe el amor, tal yo decia
Ha dos horas ó tres, á un rubio pollo,
Que en vano devanábase el meollo
Queriendo demostrar que yo mentía.

Como á todas las pruebas que emitía
Yo solo le objetaba un «si pímpollo?»
Los estribos perdió, se hizo un embrollo,
Y el pobre salir de él ya no podía.

Dejóme en paz, ai fin, tomé el camino
De mi casa contento; mas la suerte
Hizome ver tu rostro peregrino,

Y mirándote, apenas..... ¡trance fuerte!
El amor concebi vehementemente y fino,
Que con toda verdad puedo ofrecerte.

ALÍ-ALAH.

Ya sabemos, según un escrito del que nuestro caro colega *La Voz de Cuba* se burla con mucha gracia, que hay quien dice que los *mambises* cubanos han probado ser mas valientes que los espartanos en las Termópilas.

Mucho nos sorprende eso, porque aquí, donde al pobre D. Pepe se le llamó Sócrates, Ciceron y Divino Maestro, parece que no debíamos esperar tales exageraciones.

ACERTIJO.

Dedicado al Sr. que en el «Diario de la Marina» del martes 21, dió la solucion del que se publicó en el número 38 de *El Moro Muza*.

Si mis pies á mi cabeza
Añado, cosa es de pies:
Y cabeza con el centro
En mis pies siempre se vé,
(Que nada de Calasimbo)
Tiene, puedo sostener,
Por mas pies que tengan ellos
Y corran mas que un lebrelo,
Y que mi todo se forma
En mis pies tan cierto es,
Cual creo no has de acertarlo
Ni de aqui á san Rafael.

FRANCISCO DE P. ROCA.